

la irrupción de los bandidos que ya hemos expulsado de toda la Provincia de Mérida, y arrojaremos más allá de los mares, si el Dios de los Ejércitos protege la causa de la justicia.»

El Presidente de la Municipalidad contestó á lo anterior:

« Señor General:

« La grandeza del bien presente no puede ser estimada ni exactamente conocida sino por quien ha sufrido los males de que nos vemos librados. ¿Y quién podrá dibujarlos? La ciudad destruída por un sacudimiento de la naturaleza nunca visto; sus ruinas amasadas con la sangre de sus hijos; huérfanos llamando á sus padres; viudas llorando á sus esposos, que no habían de ver ya más; ricos empobrecidos.... Nuestros antiguos tiranos aprovechan aquel momento desastroso para redoblar las cadenas; los hijos de la Patria ó huyen esparcidos ó se abandonan á la suerte, sin ser por eso más bien tratados. Los sacerdotes del Señor, los magistrados venerables, hasta el simple labrador, abrumados de grillos, cubiertos de insultos más pesados que la muerte, se ven tendidos en campo raso y transportados á los pontones y mazmorras de Maracaibo, Puerto Rico y Puerto Cabello, y.... ¿Cuál pues será la medida de nuestro reconocimiento á la mano libertadora que aleja de nosotros tanta ignominia? ¡Bendita sea para siempre la Nación Granadina! ¡Gloria al sabio Congreso que la representa y dirige! y ¡Gloria á Venezuela que os dio el ser á vos, ciudadano General....»

#78
100.
1911
↓

Para comprender la grandeza de alma de Bolívar y de sus esforzados compañeros, la sublimidad de sus esfuerzos, la magnitud de su abnegación, la avasalladora fogocidad y el ímpetu patriótico de los expedicionarios libertadores de Venezuela, se hace necesario que antes de verlos desfilar hacia el centro del país, hagamos una descripción del género de guerra y de su mortífero carácter que por entonces estaba empeñada entre venezolanos y españoles. Sábese que el día 2 de Agosto (1809) los soldados realistas de Quito forzaron los calabozos en que estaban presos los iniciadores de la revolución de independencia, y que allí, en la prisión, con hachas, sables y fusiles, fueron miserable y cruelmente asesinados los próceres Morales, Salinas, Quiroga, Ascásubi y otros hasta el número de veintinueve, cuyos cadáveres fueron desnudados é insultados brutalmente, y que como el pueblo quiteño se sintiese herido y amenazado por modo tan atroz, y con armas blancas hubiese atacado á las patruillas regulares, ejercitando algunas venganzas, entonces las tropas del Ejército procedieron al asesinato en las calles, muriendo más de ochenta personas, entre ellas tres mujeres y trece niños. La historia nos enseña también que des-

pués del combate del río Palacé, en que tan gallardamente se distinguiera GIRARDOT, las tropas de Tacón en el Patía y en Pasto se complacían en el martirio y la muerte de los prisioneros patriotas, á muchos de los cuales colgaban de los árboles y alanceaban por diversión. Pues bien: ninguno de estos hechos es comparable con los que se sucedían en Venezuela; allí la guerra á muerte estaba declarada de hecho, sin que haya nada que pueda equipararse al modo como se ejercitaba el exterminio de la especie humana. No era guerra de salvajes, que á lo menos entre éstos suele dominar el instinto de la ley natural. Era una guerra de oprobio, de vergüenza, de algo con que no se puede calificar la raza de los bimanos. Iniciada fue por las huestes españolas; y como las gentes venezolanas, ardientes, vengativas, de acerado carácter y propensas á la retaliación, se vieran en la necesidad de apelar al sistema de sus contrarios, pronto se vio el país cubierto por la negra sombra de la muerte, en cuyo derredor se cernía el hálito nauseabundo de los cadáveres insepultos. Nada tiene pues de raro que el ejemplo de los españoles Zuazola, Rosete, Lizón, Luna, Tíscar, Yáñez, Cerveriz, Antoñanzas, Boves, Morales, Monteverde y demás monstruos que pasaban á cuchillo á sus prisioneros, y á las mujeres y á los niños, y que verificaban el número de muertos por las orejas que remitían en cajones, y aun usándolas en el sombrero á guisa de escarapela, fuera seguido por los republicanos Campo Elías Bermúdez, Mariño, Ustaris, Pérez y otros, que sabían aprovechar las lecciones; ni que el doctor Antonio Nicolás Briceño, uno de los venezolanos que llegaron á Cartagena después de la capitulación de Miranda, y que aspiraba á ser el libertador de su patria, firmara un compromiso en que se había de hacer la guerra premiando el número de cabezas que al enemigo se le tomaran muertas (1).

(1) El compromiso á que aludimos revela el furor que en los pechos republicanos encendieron las crueldades de los españoles, y da una idea de lo que fueron las represalias en Venezuela; es poco conocido y por eso lo transcribimos:

« En nombre del pueblo de Venezuela se hacen las proposiciones siguientes, para emprender una expedición por tierra, con el objeto de libertar á mi patria del yugo infame que sobre ella pesa. Yo las cumpliré exacta y fielmente, pues que las dicta la justicia, y que un resultado importante debe ser su consecuencia:

« Primero. Serán admitidos á formar la expedición todos los criollos y extranjeros que se presenten, conservándoseles sus grados militares; los que así no han servido obtendrán los grados correspondientes á los empleos civiles que hayan desempeñado, y en el curso de la campaña tendrá cada cual el ascenso proporcionado á su valor y conocimientos militares.

« Segundo. Como el fin principal de esta guerra es el de exterminar en Venezuela la raza maldita de los españoles de Europa, sin exceptuar los isleños de Canarias, todos los españoles son excluidos

Y no hacemos aquí una reseña de los combates en que no se dio parte del número de prisioneros, habiendo sido todos pasados á cuchillo, por no hacer muy largas estas indispensables digresiones y debilitar el interés que el lector debe tener en seguir á GIRARDOT en su gloriosa carrera.

Bolívar no tenía tiempo que perder ; así es que pasados en Mérida los momentos de entusiasmo, procedió á organizar y aumentar su pequeña columna, para lo cual aprovechaba el reanimado patriotismo de los pueblos redimidos, y en lo cual la tarea se facilitaba, pues no era sino obra de juntar á los hombres, darles armas y señalarles los oficiales que inmediatamente los condujeran al combate, sin haber recibido antes ninguna instrucción ni disciplina, toda vez que se trataba de sorprender á los enemigos. En seguida, dejando en Mérida al Coronel José Félix Rivas con trescientos hombres que debían seguir en la retaguardia, se dirigió á Trujillo, confiando la vanguardia, que era el grueso de la columna, á la inteligencia, valor, juicio y actividad de GIRARDOT, quien dispuso que cuanto antes atacara D'Elhuyar al Brigadier Correa en sus posiciones de Pomenesa ; no aguardó el español el ataque de las fuerzas republicanas, y huyendo precipitadamente, fue á parar á Moporó, en donde se embarcó para Maracaibo. Así se apoderó GIRARDOT de Trujillo sin ninguna oposición, y en esta plaza decretó Bolívar inmediatamente la guerra á muerte. En su proclama de 15 de Junio decía :

de esta expedición, por buenos patriotas que parezcan, puesto que ninguno de ellos debe quedar con vida, no admitiéndose excepción ni motivo alguno. Como aliados de los españoles, los aliados ingleses no podrán ser aceptados, sino con el consentimiento de la mayoría de los oficiales hijos del país.

« Tercero. Las propiedades de los españoles de Europa, sitas en el territorio libertado, serán divididas en cuatro partes : una para los oficiales que hicieron parte de la expedición y hayan asistido á la primera función de armas, haciéndose su reparto por iguales porciones, con abstracción de grados ; la segunda pertenece á los soldados indistintamente ; las otras dos, al Estado ; en los casos dudosos, la mayoría de los oficiales presentes decidirá la cuestión.

« Cuarto. Los oficiales que se nos reunieren después de la primera acción, podrán, con el consentimiento de los demás, ser admitidos al reparto de las propiedades conquistadas en lo sucesivo.

« Quinto. Las propiedades de los hijos del país serán respetadas y no entrarán en tal división. Si el Gobierno los juzgare traidores á la Patria, la confiscación de sus bienes será del todo en provecho del Estado.

» Sexto. Para cumplir con exactitud estas condiciones, serán repartidos los bienes inmediatamente en cada ciudad en donde entraren las tropas republicanas, sin más demora que la persecución del enemigo que la necesitare. Los muebles que no pudieren cargarse ni separarse fácilmente serán vendidos en pública subasta. El Estado se adueñará de los rebaños y toda clase de víveres, y si éstos provinieren de españoles europeos, la mitad de su justo precio pertenecerá al Ejército.

« Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la causa justa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor á la Patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas.

« Y vosotros americanos :

« Nuestras armas han venido á protegeros y no se emplearán jamás contra uno solo de nuestros hermanos

« Españoles y canarios: contad con la muerte, siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos: contad con la vida aun cuando seáis culpables.»

A inmediaciones de Trujillo, en el pueblo de Carache, estaba situado el español Cañas con una División muy superior en número á la fuerza de Girardot, y todavía para mejor asegurar el triunfo, el realista se parapetó en las muy buenas posiciones de *Agua Obispos*, contando además con los auxilios del pueblo, en donde todos eran enemigos acérrimos y empecinados de los patriotas; así, á pesar de que

« Séptimo. Las armas y municiones tomadas al enemigo serán entregadas al Estado por una cantidad moderada, que se dará conforme al artículo 3º El Estado montará las caballerías, reservándose la propiedad de los caballos; las armas y municiones tomadas en el combate pertenecerán exclusivamente al Estado.

« Octavo. Cuando un oficial ó soldado sea juzgado digno de una ración en dinero, por alguna acción distinguida, la masa común hará el gasto. Fuera de este caso, ésta jamás será tocada.

« Noveno. Para tener derecho á una recompensa ó á un grado bastará presentar cierto número de cabezas de españoles ó de isleños canarios. El soldado que presente 20 será hecho abanderado en actividad; 30 valdrán el grado de Teniente; 50, el de Capitán, etc.

« Décimo. El sueldo será pagado mensualmente conforme al cuadro que sigue: Coronel, \$ 320; Teniente Coronel, \$ 150; Mayor, \$ 100. Compañía de fusileros: Capitán, \$ 66; Teniente, \$ 44; Abanderado, \$ 30; Sargento primero, \$ 18; Sargento segundo, \$ 15; Cabo, \$ 11-25; Tambor, \$ 11; soldado, \$ 7-50. Compañía de artillería: Capitán, \$ 80; Teniente, \$ 50; Subteniente, \$ 38; Sargento primero, \$ 22-50; Sargento segundo, \$ 16-87; Tambor, \$ 13-37; soldado, \$ 9-37. Las compañías de carabineros y de caballería tendrán el mismo sueldo que la artillería, con la sola diferencia de que la caballería tendrá dos reales diarios para caballo, y un Capitán Comandante con \$ 100 al mes.

« Once. Además del sueldo los soldados tendrán diariamente una ración; los Abanderados y Tenientes, 2; los Capitanes, 3; los Mayores y Tenientes Coroneles, 4, y 5 los Coroneles. Cada ración será de una libra de carne, una de pan y un cuarto de ron ó guarapo, cuando lo haya. El que no tomare su ración tendrá derecho á la indemnización de dos reales.

« NOTA—Los oficiales no tendrán derecho á la indemnización sino cuando reine la abundancia en los almacenes.

« Doce. Cada oficial podrá tomar para su servicio un hombre de su compañía, sin quedar por esto exceptuado dicho soldado de entrar en línea el día del combate.

el enemigo había hecho combinaciones y madurado un plan en que puso de su lado la seguridad del triunfo, el 10 de Junio, GIRARDOT, «este Jefe en quien la actividad era una ley de su naturaleza,» lo atacó tan ruda, tan tenaz y tan gallardamente, que al cabo de una hora del más violento combate lo obligó á abandonar el campo, y dispersándolo, le tomó 78 prisioneros, un cañón con sus respectivas municiones, 80 fusiles y muchos otros artículos de guerra (1). Entonces Bolívar, en una proclama, pudo decir :

« . . . Carache, el infame pueblo de Carache, ha sido libertado y castigado á la vez ; sus habitantes rebeldes han muerto, ó son vuestros prisioneros ; los otros, que se han acogido á vuestra protección, gozan ya del abrigo de las leyes republicanas que tan gloriosamente habéis redimido. »

« El humano GIRARDOT—dice González Chaves en su *Estudio Cronológico*—no quiso usar del reconocido derecho de las represalias : incorporó á su pequeña columna los prisioneros, considerándolos como á hermanos extraviados á quienes se debía tratar con mayor ternura ; no veía en el Decreto de Trujillo una necesidad hasta no agotar la dulzura y el ejemplo ; su generoso corazón apartó con frecuencia del cuello del vencido la cuchilla vengadora, mientras conservó la esperanza de triunfar solamente con el valor y

« Trece. Un adelanto moderado será hecho al que tenga necesidad de él para entrar en campaña.

« Catorce. El oficial ó soldado que faltare al deber de la subordinación será castigado severamente. Cualquiera que en el combate volteare la espalda al enemigo ó dirigiere á sus conmlitones palabras desanimadoras, podrá ser muerto en el acto, con la orden de un oficial ; si no, será juzgado por un Consejo de Guerra.

« Quince. Fuera de las ciudades, todos los oficiales y soldados serán mantenidos y costeados sus gastos, suministrándoles medios de transporte, ya sea por tierra ó por agua.

« Cartagena de Indias, 16 de Enero de 1818—Año 3 de la Independencia.

« ANTONIO NICOLÁS BRICEÑO

« Los suscritos, habiendo leído las presentes proposiciones, aceptamos y firmamos, conformándonos con todas ellas, según están escritas. En fe de lo cual y por ser nuestra propia voluntad suscribimos con nuestro propio puño.

« ANTONIO RODRIGO, Capitán de carabineros—JOSÉ DEBRAINE. LUIS MÁRQUEZ, Teniente de caballería—JORGE H. DELÓN—B. ENRÍQUEZ, Teniente de cazadores—JUAN SILVESTRE CHAQUEA—FRANCISCO DE PAULA NAVAS. »

(1) « La acción de Carache ha cubierto de gloria á GIRARDOT y á sus oficiales. Creo que el Congreso lo haga Coronel y conceda un escudo de valor á la tropa y oficiales. » (Carta del Coronel Antonio Villavicencio á la señora madre de GIRARDOT, del Rosario de Cúcuta, fechada el 2 de Julio de 1813).

la clemencia; y esto á pesar de las escandalosas matanzas de Lizón, Boves, Antoñanzas, Zuazola, Puy... y de otros monstruos venidos del averno, quienes llegaron á pensar que habían recibido la triste misión de despoblar la tierra.»

Al regreso de GIRARDOT, después de la acción de Carache, á Trujillo, saliéndole á recibir el General Bolívar, acompañado de la Plana Mayor del Ejército y del señorío de aquella ciudad, no se oía sino *¡viva nuestro valiente libertador el inmortal GIRARDOT!* (1).

Ocupóse Bolívar en reorganizar el Gobierno republicano de la Provincia de Trujillo, dando para ello importante comisión á GIRARDOT, quien desempeñó á maravilla su cometido, y de lo cual da una muestra el siguiente documento:

«ATANASIO GIRARDOT,

«Teniente Coronel y Cuartel Maestre de los Ejércitos de los Estados Unidos de la Nueva Granada, Comandante del 4º Batallón de Línea y en Jefe de las Divisiones que componen la vanguardia del Ejército de operaciones del Norte, destinado á libertar los oprimidos pueblos de Venezuela y del que es General en Jefe el señor Brigadier Simón Bolívar, etc. etc.»

«Hago saber para su observancia y cumplimiento á esta ciudad capital de Trujillo y pueblos de su jurisdicción los artículos siguientes:

«1º Que el expresado General en Jefe, como órgano del Poder Ejecutivo de la Unión, me ha encargado que á los pueblos de Venezuela que fuéremos libertando se les vaya restableciendo la misma forma ó estado de gobierno en que los encontró la invasión y que le disolvieron sus bárbaros opresores ó por lo menos el Poder Ejecutivo de cada Estado de los que componían su Confederación; pero como es notorio que el que lo obtenía en este de Trujillo, ciudadano Andrés de Navarrete, fue confinado á una prisión, y de cuyo resultado y existencia no tenemos noticia; arreglándome á las instrucciones y órdenes de mi General, prevengo que el día 12 del presente mes y año se tenga un Cabildo abierto en las casas consistoriales, presidido por las personas de que se compone actualmente la Municipalidad y á que concurrirán el venerable Padre cura, prelados de las religiones y demás eclesiásticos regulares y seculares, como asimismo los padres de familia, los vecinos y todos los habitantes de esta ciudad, sus cercanías y pueblos, que por su proximidad puedan asistir.

«2º Se tratará en el expresado Cabildo abierto del nombramiento de una, dos ó más personas en que concurren las recomendables circunstancias de un decidido y acredi-

(1) José Vicente Zulaica. (*Carta* de 2 de Julio de 1813).

tado patriotismo, idoneidad, dotado de energía para escarmentar á los enemigos de la libertad americana, y en la cual se depositará provisionalmente la autoridad soberana del Poder Ejecutivo de este Estado, para que providencie el mejor modo de atender á la administración de justicia en los pueblos de que se compone, á la defensa del país, á confirmar, revocar ó reformar la actual Municipalidad y demás autoridades públicas, formando cuerpos militares, si lo tuviese por conveniente; y por último, arbitrando medios para socorrer y auxiliar al Ejército libertador.

«3º Desde este momento quedarán en quieta y pacífica posesión de sus propiedades todos los ciudadanos del Distrito á quienes por el Gobierno español se les había embargado ó confiscado sus bienes, muebles y raíces, y los administradores y depositarios de ellos quedan obligados á rendir una cuenta formal, jurada y comprobada de sus productos é inversión, entablándose todos los recursos que puedan ofrecerse sobre este caso ante las autoridades civiles del Estado.

«4º Todos los vecinos estantes y habitantes de esta capital y pueblos de su comprensión presentarán inmediatamente á esta Comandancia las armas de fuego y blancas que tengan, como asimismo las municiones de guerra, como pólvora, balas, piedras de chispa, etc., para tomar razón de ellas, dejándolas en poder de los patriotas ó recogiénolas de los que no lo sean, según convenga; apercibiendo á los contraventores de este artículo con las severas penas á que se hacen acreedores los rebeldes y sordos á los clamores de la Patria.

«A nombre del General en Jefe y del Soberano Gobierno de la Nueva Granada ofrezco indulto y garantía á todos los soldados dispersos del ya exterminado ejército de Correa, y á los que se presenten con su fusil, bayoneta y fornitura, la gratificación de cuatro pesos.

«Dado en el cuartel principal de la vanguardia del ejército, en la ciudad libre de Trujillo, á diez de Junio de mil ochocientos trece, tercero de la Independencia.

«ATANASIO GIRARDOT»

Aquí debió terminar Bolívar su campaña según orden terminante y expresa del Congreso neogranadino, quien, además, había nombrado una Comisión Directiva de las operaciones de guerra, compuesta del doctor Frutos Joaquín Gutiérrez, del doctor Luis Mendoza (Canónigo de Mérida) y del Coronel Antonio Villavicencio, es decir, de un abogado, de un sacerdote y de un oficial inferior al Jefe de la expedición; por fortuna estos comisionados no alcanzaron á Bolívar en tan rápida marcha. Pero Bolívar debía re-

gresar; eso era lo ordenado, y ningún permiso tenía para continuar en su campaña más allá de Trujillo. ¿Retrocedería Bolívar á la Nueva Granada dejando en poder del enemigo otra vez lo que con tanto esfuerzo moral y material había libertado? ¿O se quedaría guarneciendo esas Provincias, aguardando á que todas las tropas realistas reunidas se le vinieran encima y lo arrollaran quizás en un solo combate decisivo? Oigamos á Baralt: «En esta ciudad quedaba concluída la misión que le había confiado el Congreso; pero afortunadamente para Venezuela, una Comisión nombrada por éste para dirigir las operaciones militares no había podido reunírsele. Detenerse allí para pedir el permiso para pasar adelante á los comisionados, era exponer el éxito de la campaña: primero, porque era muy probable que el Congreso no consintiera en ello; segundo, porque la Comisión compuesta de un abogado, un canónigo y un Coronel, con talento, pero rutinero y metódico, no podía cuando más sino embarazarle y aburrirle; tercero, en fin, porque la celeridad de sus operaciones era la única cosa que compensaba la pequeñez de sus fuerzas y la escasez de sus recursos. . . . Bolívar desobedeció, si se quiere, al Congreso, pero salvó su Patria, tomando sobre sí la responsabilidad de marchar adelante en lugar de consumir en la inacción sus recursos y dar lugar á que los enemigos, repuestos de los primeros sustos y quebrantos, volvieran sobre él y le acabaran» (1).

Hé aquí un acto de insubordinación de esos que los hombres superiores de todos los tiempos se han hecho perdonar. Alejandro, pasando el Gránico é infringiendo las leyes de su patria; César, dejando atrás el Rubicón, á despecho del Senado; Napoleón, abriendo una campaña que no había previsto la Constituyente; y mil héroes á quienes el éxito ha demostrado estar por encima de sus monitores. En el presente caso el Libertador pronunció también el *alea jacta est* del caudillo romano; comunicó (Junio 25) al Congreso las razones que le acompañaban para desarrollar su plan de «obrar con la última celeridad y vigor; volar sobre Barinas, y destrozarle sus fuerzas para dejar de este modo á la Nueva Granada libre de los enemigos que la pudieran subyugar»; y dice el historiador Restrepo que «estas razones para continuar la empresa comenzada las expuso Bolívar con tal claridad, vigor y energía, que no hubo persona alguna que dejara de convencerse de que en aquellas circunstancias su plan de operaciones era el más acertado, al que asintiera el Congreso granadino.»

Bolívar echó la suerte; mas es necesario tener en cuenta que para arriesgarse en semejante albur, además de te-

(1) *Resumen de la Historia de Venezuela.*

ner la intuición de considerarse predestinado á ser el Libertador del Nuevo Mundo, debía tener tánta confianza en los Jefes que le acompañaban, de los cuales GIRARDOT era el más notable, como la que pudiera tener en sí mismo. Ni podía ser de otro modo, porque la situación era bastante á infundir pavor en cualquier otro corazón: no tenía otras tropas que los 500 hombres que comandaba GIRARDOT en Trujillo, más 100 reclutas que el mismo Libertador regía en persona, y los 200 bisoños, indisciplinados y voluntarios que en Mérida formaban á su retaguardia, reunidos á la brillante oficialidad que envió Nariño. En cambio tenía al frente á Monteverde con más de 5,000 hombres; al flanco derecho tenía en Barinas al Brigadier Tíscar con 2,000; al izquierdo, al Brigadier Correa, que de un momento á otro invadía desde Maracaibo hasta Cúcuta y Trujillo, cortando la retaguardia, y en Coro, centro realista, tropas amenazadoras, prontas á tomar la ofensiva; en suma, el enemigo, de más de 8,000 hombres en capacidad y listo para aniquilar en un movimiento envolvente las falanges patriotas. En tales circunstancias el genio de Bolívar se mostró con toda su grandeza, haciendo lo que no hace un hombre inteligente, sino lo que á primera vista parecería un rasgo de estulticia ó de insensatez, pero encubriendo así un rayo fúlgido de una inspiración de las que maravillosamente el resultado justifica; dispónese á transmontar la cordillera andina, dividiendo sus tropas de manera que pueden ser destruídas en detal, pero invadiendo las llanuras del centro de Venezuela y desconcertando á su formidable enemigo, haciéndole creer que se trataba de una irrupción con ingentísimo número de tropas. Al efecto, ordena á Rivas la marcha de Mérida á Boconó por el camino de Piedras; él mismo se dirige directamente al punto indicado, y ordena á GIRARDOT marche con sus 500 hombres contra el grueso del enemigo á ocupar la ciudad de Guanare, plaza en donde debía reunirse toda la expedición libertadora para atacar y ocupar á Barinas.

No pudo Rivas concurrir oportunamente á Guanare, porque hubo de dirigirse contra el español don José Martí, que con 800 hombres amenazaba verificar una de tres cosas: ó unirse á las fuerzas de Tíscar en Barinas y con ellas engrosar el enemigo para aniquilar á Bolívar, ó cortar la retaguardia de los patriotas y así les desconcertaría el movimiento, ó atacar al mismo Rivas y obligarlo á hacer campaña por separado. Así, pues, en tanto que Rivas desbarataba las tropas españolas en Niquitao con una victoria completa y de la cual obtuvieron los patriotas muchísimas ventajas, entre ellas 480 hombres que por ser prisioneros americanos fueron incorporados en las filas, Bolívar, precedido siempre del indomable GIRARDOT, Jefe de la vanguardia,

llegó á Guanare después que éste había desalojado un destacamento de más de 800 hombres que obstruía la ruta en el punto llamado el *Desembocadero*; «y los tiranos Tíscar y Yáñez—dice don José de Austria en su *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela*,—que se encontraban en Barinas con un Ejército organizado y bien provisto, sobrecogidos de pavor y siempre asustados con sus propios crímenes, al aproximarse por otros puntos los guerreros libertadores, se desorganizaron y huyeron cobardemente, salvándose á favor de las corrientes del Apure y el Orinoco, perseguidos hasta Nutrias por el bizarro GIRARDOT (1), Jefe de la vanguardia, perdiendo en su anticipada y violenta fuga la artillería, armamento y pertrechos, y casi en su totalidad las tropas, sin haber esperado el combate.» «Bolívar—dice González Chaves—destinó á GIRARDOT á perseguir á Tíscar; y lo cumplió con aquella especie de religiosidad y exactitud, como de ordinario acostumbraba desempeñar todo lo que condujera á libertar su patria de sus opresores.» Cuando GIRARDOT llegó á Nutrias acababan de embarcarse Tíscar y los Jefes que lo acompañaban, precipitadamente, sin haber tenido tiempo de inmolar á varios patriotas notables que tenían prisioneros destinados al suplicio, dejando la mayor parte de los valores de que se habían apoderado por haber sido saqueada la población, y dando lugar al levantamiento de muchos voluntarios republicanos que se agregaron á la fuerza libertadora.

Con el despartimiento de sus propias fuerzas y la celeridad de sus movimientos, las operaciones de Bolívar tenían desconcertados á los Jefes realistas; ya aparecía por un lado de la cordillera Rivas, amenazando, después del triunfo de Horcones, á Barquisimeto; ya GIRARDOT hacía su regresión hacia el centro del enemigo; Bolívar dirigíase á San Carlos, después de demostrar en varias partes que el Decreto de la guerra á muerte no era una pueril amenaza ni vana fanfarronada, aunque es verdad que en la generalidad de las ocasiones el Libertador y su Ejército fueron humanitarios, benignos y generosos, y muy diferentes del modo como se portaban los combatientes venezolanos que con independencia de Bolívar obraban por el oriente y el nor-

(1) En carta que GIRARDOT dirigió á sus padres desde Guanare el día 25 de Julio, á las tres de la mañana, dice:

«Después de la última que les escribí nos metimos en el centro de todos los enemigos, y después de algunos porrazos que sufrieron, tomámos posesión de Barinas, y siguiendo yo al alcance de 600 hombres, sólo les pude tomar, sin un solo tiro, 250 fusiles y otras cosas. Al fin, después de mil trabajos por estos llanos inundados, llegué ayer á esta plaza.....»

«Yo fui hasta Nutrias en medio de mil trabajos, por lo cruel de la estación, pero estoy bueno, gracias al Todopoderoso.»

deste de Venezuela, y que en Barcelona, Cumaná, Maturín y otras plazas venían sellando sus victorias con charcas de sangre en que los cadáveres flotaron por montones. El Ejército libertador de Venezuela, nombre con que el Congreso granadino bautizó la expedición, logró verse reunido por Bolívar el día 28 de Julio en San Carlos, pueblo éste en donde el Jefe patriota expidió en la misma fecha otra proclama de guerra á muerte á los españoles y canarios, en estos términos:

«... Si queréis vivir no os queda otro recurso que pasaros á nuestros ejércitos, ó conspirar directa ó indirectamente contra el intruso é inicuo Gobierno español; pero si permanecéis en la indiferencia sin tomar parte en el restablecimiento de la República de Venezuela, seréis privados de vuestras propiedades; y sabed que cuantos españoles lleven las armas, y sean prisioneros en el campo de batalla, serán sin remisión condenados á muerte.....»

«... Nuestras huestes no han menester de vuestros auxilios para triunfar; pero nuestra humanidad necesita de ejercer en favor de los hombres, aun siendo españoles, y se resiste á derramar la sangre humana, que tan dolorosamente nos vemos obligados á verter al pie del árbol de la libertad.

«Por última vez, españoles y canarios, oíd la voz de la justicia y la clemencia. Si preferís nuestra causa á la de los tiranos, seréis perdonados y disfrutaréis de vuestros bienes, vida y honor; y si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de nuestro país ó preparaos á morir.....»

Monteverde, al comprender que Bolívar marcharía sobre su centro de Valencia, ordenó al Coronel español Izquierdo se adelantara con sus 2,800 hombres á San Carlos, cuando éste meditaba retirarse hacia aquella plaza; pero Izquierdo consideró desacertada la operación que se le ordenaba, y en consecuencia prefirió situarse en las alturas que separan las dos explanadas de Taguanes y Tinaquillo, con lo cual, á su parecer, podría combatir á los republicanos, quedando en disposición de unirse con Monteverde, llegado el caso. El 30 de Julio movióse Bolívar sobre el enemigo, con sus 1,800 hombres, haciendo salir al mayor Urdaneta al amanecer; al siguiente día se avistaron los ejércitos contrarios, con lo cual Izquierdo movióse en retirada á ocupar la serranía, procurando así inutilizar la caballería patriota; entonces Urdaneta, forzando el paso de sus caballos, logró desalojar la vanguardia realista del punto que ocupaba, haciendo algunos prisioneros, pero encontrándose de improviso con el resto de la División española formada en línea de batalla en la llanura de Taguanes. La infantería se había retrasado, lo cual quiso aprovechar el Jefe enemigo para trepar la cordillera, operación que hubiera sido fa-

tal para los patriotas, por lo cual el mismo Urdaneta, haciendo un movimiento de flanco, dirigióse á tomar la retaguardia enemiga inmediatamente, y lo consiguió; mas vanamente quisieron los patriotas desordenar al enemigo con sus violentas cargas de caballería, porque rechazadas á cada momento, veía con desesperación acabarse por instantes el espacio de llanura que separaba al enemigo de la serranía. «El día, entretanto, se pasaba —dice el señor Fernández Madrid en su *Biografía del General Francisco de P. Vélez*— y aquella victoriosa retirada iba á complicar las operaciones, á poner en contingencias la campaña y acaso á arrebatarnos gran parte de sus frutos. En ocasión tan peligrosa se ocurrió al medio de montar en las ancas de los caballos los más infantes que posible fuera, para que, auxiliados por sus fuegos, pudiesen los jinetes intentar un grande esfuerzo. En efecto, GIRARDOT, D'Elhuyar, Urdaneta y otros Jefes dirigieron y ejecutaron este movimiento en unión del Subteniente Vélez y de muchos otros oficiales subalternos, que, cuando estuvieron cerca del enemigo, aparearon inopinadamente sus peones. En medio del desorden y confusión que produjo la primera descarga, unos y otros se lanzaron sobre las filas enemigas, penetraron hasta el centro de las columnas, las arrollaron, las acuchillaron, hicieron en ellas horrible mortandad. Tan impetuoso fue el empuje, que los enemigos quedaron á retaguardia, situados, por consiguiente, entre la caballería y la infantería de los patriotas. Izquierdo, mal herido, cuando peleaba valerosamente en medio de los suyos, fue levantado del campo de batalla por los patriotas y llevado por ellos á San Carlos, donde murió poco después. Hombres, armas, parque, bagajes, todo cayó en poder nuestro, no habiendo podido escapar sino un oficial á caballo, que llevó y dio la noticia del suceso, el 1º de Agosto, á Monteverde.» Los héroes de esta jornada, según Restrepo, fueron el Coronel GIRARDOT y el Mayor Urdaneta, pero todos los historiadores están de acuerdo en que nada se habrá visto comparable con el arrojo de los soldados republicanos y el valor y decisión empleados en tan admirable acción, siendo así que, desde el primer Jefe hasta el último soldado, todos conocieron la importancia de aquel movimiento y la necesidad de hacer un esfuerzo extraordinario (1).

Con tantos y tales acontecimientos, viendo sus ejércitos derrotados y sus Jefes muertos unos, otros prisioneros, y la mayor parte dispersos y acobardados, Monteverde sa-

(1) «Se ha hecho muy digno de recomendación y acreedor á todas las consideraciones del Gobierno el valor é inteligencia con que se distinguió en esta acción el Teniente Coronel ciudadano Atanasio GIRARDOT.» Bolívar, nota de 2 de Agosto de 1813, fechada en Valencia.

lió huyendo de Valencia con la mayor celeridad, y se encerró en las fortalezas de Puerto Cabello. Bolívar ocupó inmediatamente aquella ciudad sin que nadie le estorbara el paso; y como por otra parte, el Generalísimo de los realistas, antes de salir huyendo, dejó el Gobierno de Caracas á cargo del Brigadier Fierro, con orden de defender la ciudad capital hasta quemar el último cartucho, y como éste estaba aún más aterrado que el mismo Monteverde, el Libertador se dirigió sobre la marcha á tomar la capital, dejando á GIRARDOT en Valencia con las tropas que debían vigilar y someter á los de Puerto Cabello; voto de confianza era este bastante merecido por quien tan honrosamente había conducido siempre la vanguardia de la Expedición libertadora, y á quien merecidamente se le habían confiado los puestos y comisiones más delicados y peligrosos.

Brillaba sobre el horizonte el radioso luminar del día 7 de Agosto (1813), la estrella más propicia en los fastos de la libertad de Colombia y en la vida de Simón Bolívar; un año hacía que el grande hombre había salvado su vida de la saña de sus perseguidores, y seis años más tarde ciñeron sus sienes los laureles con que le coronó la victoria de Boyacá.

Bolívar, empero, no entró en Caracas á sangre y fuego, como pudiera haberlo hecho si así lo hubiera querido. El Brigadier Fierro envió ante el Libertador una Diputación compuesta de don Francisco Iturbe, el doctor Felipe F. Paúl, el Padre Marcos Rivas y don Vicente Galguera, con proposiciones de paz; fueles acordada una honrosa capitulación, que tenía por objeto «mostrar al universo —decía el Caudillo á la Municipalidad— que aun en medio de la victoria los nobles americanos desprecian los agravios y dan ejemplos raros de moderación á los mismos enemigos que han violado el derecho de las gentes y hollado los tratados más solemnes. Esta capitulación será cumplida religiosamente para oprobio del pérfido Monteverde y honor del nombre americano.» «Y—dice don José de Austia, testigo presencial de aquel acontecimiento —verificó su entrada en la patria amada, en Caracas, el héroe Libertador, el día 7 de Agosto de 1813, año fecundo en extraordinarios y repetidos sucesos, y entre el más fervoroso entusiasmo, entre flores esparcidas por preciosas manos, y con estupendos gritos de una universal aclamación; el nombre de Bolívar, como en eco mágico conducido por los aires, se dilató por toda la extensión de Venezuela.» En el raptó de júbilo que embargaba el ánimo de Bolívar, en esa embriaguez de gloria y en esos arrebatos de frenético entusiasmo con que veía premiados sus esfuerzos, él no era sordo á los gritos con que el sentimiento de gratitud le recordaba á sus con-militones y al Gobierno de la Nueva Granada; así es que en su proclama á los caraqueños les decía:

—
año VII
N.º 79
Dic. 1911

«¡Caraqueños! El ejército de bandidos que profanó vuestro territorio sagrado ha desaparecido delante de las huestes granadinas y venezolanas, que, animadas por el sublime entusiasmo de la libertad y de la gloria, han combatido con un valor divino y han llenado de un pánico terror á los tiranos cuya sangre, regada en los campos, ha expiado una parte de sus enormes crímenes.....»

«Por fin, compatriotas míos, nuestra República acaba de nacer con los auspicios del Congreso de la Nueva Granada, nuestra auxiliadora, que ha enviado sus ejércitos, no á daros leyes, sino á restablecer las vuestras.....»

A esta proclama correspondieron los Vocales de la ciudad, reunidos en Junta pública, con otra en que confirmando á Bolívar el título de Libertador se le decía muy especialmente: «que á nombre de todo el pueblo venezolano se manifestase á la Nueva Granada en su Congreso general, por cuantos medios dictase la prudencia, no sólo el reconocimiento y eterna gratitud de Venezuela por la libertad que le había venido de sus manos, y de que se le consideraba deudora, sino sus ardientes deseos de unirse en masa de nación á tan benemérita República.»

La situación en que se hallaba el Libertador no era para disfrutar ni aun por minutos de los halagos de su entrada triunfal: establecer un nuevo Gobierno, nombrar empleados republicanos, atraer á los fugitivos, reanimar á los pusilánimes, organizar rentas, arbitrar recursos y atender cuanto antes y por sobre todo á completar la pacificación, no eran cosas que podía descuidar el carácter inteligente, previsor y enérgico del atrevido caudillo; así lo manifestó al Congreso granadino, cuando en 14 de Agosto dio informes sobre el resultado de la campaña, y le decía:

«La derrota del Ejército de Monteverde en Tinaquillo abrió á nuestras vencedoras las puertas de todas las Provincias de Caracas. Los soldados de la Nueva Granada han penetrado todo el territorio que dominaban en esta parte los españoles, y el pabellón independiente tremola en todas las fortalezas de Venezuela, exceptuando el castillo de Puerto Cabello, donde se refugió el caudillo español....»

«... Así, siete Provincias encadenadas salen de la nada á figurar en el globo. Así, un ejército europeo derrotado y los opresores destruidos hacen respetar el nombre y las armas granadinas... Caracas mira á la Nueva Granada como á su libertadora. Ve sus cadenas rotas por el esfuerzo granadino, y salir del sepulcro á la vida, conducida por Vuestra Excelencia. Es imposible explicar la gratitud, el entusiasmo, todos los exaltados sentimientos de los caraqueños. Este pueblo generoso y ardiente no perdona testimonios de su viva sensibilidad, y los explica por demostraciones las más dignas de su ilustración.»

No había tiempo que dilatar : sabíase que de Cádiz había zarpado una gran expedición con auxilios de dinero, hombres, artillería y varios buques con muchos elementos á reforzar las tropas españolas; era indispensable cuanto antes proceder á sitiar á Puerto Cabello y estrechar el cerco por mar y tierra hasta obligar á Monteverde á una rendición absoluta. Para eso escribió á Mariño con el objeto de que se viniera con la escuadrilla, en tanto que el ejército de tierra avanzaba en sus aproches hacia las murallas. Mas al propio tiempo veíase Bolívar apremiado por muchas atenciones. Apenas llegó á Valencia, hubo de despachar á Montilla para Calabozo con 600 hombres; envió á García de Sena con fuerzas para Coro, próxima á ser tomada por 1,000 realistas; por otra parte, necesitaba detener á Yáñez, que ya volvía sobre Barinas, y Rivas debía atender, con no escasa tropa, al centro de Caracas y La Guaira, puerto en donde atracaría la expedición de Cádiz; sólo quedaron 800 hombres para el asedio de Puerto Cabello.

Abierta la marcha sobre esta plaza (Agosto 17), Bolívar y Urdaneta se dirigieron por el pequeño valle de San Esteban, vía que no tenía peligros ni dificultades; á GIRARDOT, empero, se le ordenó que con 400 hombres marchara sobre las fortalezas por el camino de Aguacaliente, que, al llegar á la plaza, estaba dominado por tres baterías levantadas en la parte superior de un cerro separado de la cordillera por un glacis; las dos primeras baterías más bajas llamábanse *Las Vigías*, y la tercera, más alta, llamábase el *Mirador de Solano*. La orden comunicada á GIRARDOT era la de despejar el territorio hasta el pie de *Las Vigías*, pero «el valeroso granadino —dice Baralt— hizo más, pues se apoderó de éstas á viva fuerza, obligando á sus defensores á refugiarse al *Mirador*.» Bolívar, por la vía que llevaba, llegó sin ningún peligro hasta la parte de la ciudad denominada *Pueblo Exterior*, por hallarse fuera de las murallas.

Dueño era ya GIRARDOT de *Las Vigías* cuando en la noche del 29 de Agosto los sitiados, temiendo las ventajas que pudieran cobrar los republicanos, y en perspectiva de los padecimientos que apareja un sitio prolongado, resolvieron hacer un esfuerzo para desalojar á los sitiadores de sus nuevas posiciones; de esta manera, al mismo tiempo que al favor de la noche principiaron el asalto, tronaba la artillería de todos los baluartes, con lo cual buscaban no solamente el estrago material que pudieran causar en las fuerzas sitiadoras, sino también el efecto moral, que en muchas ocasiones es más eficaz; pero nada consiguieron los sitiados, sino volver derrotados á buscar el abrigo de sus fortalezas; y no contento GIRARDOT con el buen éxito de la resistencia de los patriotas, determinó volver asalto por asalto, alarma por alarma; para ello dispuso que dos compañías, dándole un ro-

deo al *Minador* y buscando la parte baja de la ciudad, penetraran por unas brechas dentro del recinto amurallado y abriesen fuego sobre las cortinas del *Pueblo Inferior*, simulando un asalto.

Así se hizo en la noche del 31, y pocos momentos después la plaza ofreció la imagen de un incendio, porque los sitiados creyendo que se les tomaba la plaza y no sabiendo el punto preciso del ataque, pusieron en movimiento toda su numerosa artillería, disparándola con increíble actividad. Esta acción atrevida fue costosa para los patriotas, pues los Capitanes de las dos compañías, Felipe Camacho y José María Monagas perdieron allí la vida con algunos soldados, y salieron heridos los oficiales Peñalver y Cruz Carrillo. Pero fue tan sumamente útil, que puso en poder de GIRARDOT el *Minador de Solano*. Zuazola, que mandaba esta fortaleza, al perder la serenidad, abandonó su puesto, descolgándose con los suyos por las murallas y tomando para los bosques inmediatos, de donde lo trajeron prisionero los soldados granadinos el 1º de Septiembre. Tal era la estimación que el General Bolívar le tenía al patriota Coronel Jalón (español), prisionero de los realistas, que, á pesar de que Zuazola merecía por sus crímenes ir al suplicio inmediatamente, propuso el canje á Monteverde; mas éste no lo aceptó, y el feroz vizcaíno pagó en la horca las monstruosidades con que había deshonorado á la humana estirpe, al mes completo de haber corrido la misma suerte en Cumaná el monstruo Antoñanzas, en manos del General Mariño (1).

Las fiebres, la disenteria y el paludismo hacían estragos en el deletéreo clima de Puerto Cabello; la guerra á muerte se había recrudecido con espantables caracteres; Boves, Yáñez, Puy, Reyes Vargas avanzaban á reconquistar las Provincias libertadas, y había que detenerlos desmembrando el Ejército libertador. Mariño no auxilió con su escuadrilla el asedio de Puerto Cabello, á pesar de habersele llamado con urgencia, y en tales circunstancias llegó á esta fortaleza la expedición de Cádiz, antes de que los si-

(1) «Las crueldades y fechorías de los Jefes realistas, pero en especial las del feroz vizcaíno don Antonio Zuazola, no pueden contarse. Quemar casas, talar sementeras, matar los prisioneros, eran hechos que se repetían todos los días, y que revelaban maldad y una alma precita; pero desorejar la gente quieta y candorosa; desollar los hombres vivos; hacer quitar el cutis de los pies y andar sobre cascos de vidrio; despuntar las narices; coser los hombres espalda con espalda; inventar y variar los suplicios para saborear el dolor del moribundo, y ver llegar la muerte entre convulsiones y gestos espantables.... Todo eso, que asombraría á Nerón y pondría horror á Domiciano, demuestra que Zuazola era el más fiero, el más malo, el más atroz de los nacidos. A Cumaná mandó muchos cajones de orejas, como dije arriba, que los catalanes recibieron con salvas y algarazas y aun muchos se las pusieron de escarapela.... Mas entre las atroci-

tiadores tuvieran aviso de haberse frustrado el plan concebido por Rivas de apoderarse de los buques en la Guaira por medio de una estratagema; entonces Bolívar resolvió levantar el sitio (Septiembre 17) y retirarse á Valencia, con lo cual conseguiría que los 2,800 hombres de Monteverde, abandonando sus castillos y privándose de su formidable artillería, viniesen á buscarlo en campo raso; y en efecto, así sucedió, porque el caudillo republicano hizo sus manobras de manera que el realista cobrase confianza y saliera de la fortaleza á lugares en donde no tendría cañones ninguno de los combatientes.

Salió Monteverde en persecución de los patriotas por el camino que había repasado GIRARDOT, por Aguacaliente; el día 27 dividió su ejército en dos porciones, quedándose con la una en aquel punto, denominado también *Las Trincheras*, y enviando la otra á órdenes del Coronel Bobadilla, la hizo tomar posiciones en el cerro de Bárbula. Semejante disposición era incomprensible en buena táctica: ó Monteverde cometía un desacierto militar, ó preparaba un ardid que podía ser demasiado funesto á las armas republicanas. En este último concepto, Bolívar empleó dos días practicando reconocimientos y provocando al enemigo por medio de marchas, contramarchas y escaramuzas, para obligarlo á descender al llano de Naguanagua, desde las cumbres en que lo había parapetado su timidez, sin que nada bastara sin embargo, á separarlo de sus posiciones; mientras tanto el Ejército republicano, impaciente por librar la batalla, pedía al Libertador la orden de ataque. Al fin, el día 30, Bolívar hizo atacar las posiciones del Bárbula por dos columnas principales mandadas por GIRARDOT y D'Elhuyar, y otra de reserva dirigida por Urdaneta; el ataque se verificó por la tarde, trepando la montaña con el arma al brazo, después de que GIRARDOT, arrebatando el pabellón tricolor al portestandarte del Batallón número 4 de la Unión, hizo un voto sublimemente inspirado, diciendo: «Permitid, Dios mío,

dades de Zuazola, hay una cuya narración quebranta el alma. Tenía entre prisiones, para darle muerte, á un pobre hombre, hijo de Cumaná, padre de numerosa familia y sin bienes de fortuna. Como la esposa suplicase inútilmente por la vida del esposo, se volvió desolada al seno de su familia. Un niño entonces, de doce años, el mayor de los varones de aquella desolada gente, se presentó á Zuazola ofreciendo su vida para salvar la de su padre, apoyo de su madre y de sus hermanas desamparadas. ¡Nobilísima acción, llena de generosidad y de ternura, inspiración de amor que hubiera ablandado el corazón de un tigre....! Zuazola los hizo matar á ambos, haciendo morir primero al hijo.... La historia de los tiranos y de los enemigos de la humanidad no tiene un ejemplo semejante: Tiberio, Calígula, Atila, Timur-Bec, son modelos de caridad y de mansedumbre al lado de Zuazola....!

«LARRAZÁBAL»

que yo plante esta bandera sobre la cima de aquel monte, y si es vuestra voluntad que yo perezca, dichoso moriré. Llegaron á la cima, hicieron sobre el enemigo una descarga á quemarropa, y cargando á la bayoneta con empuje irresistible, pusieron en fuga al enemigo, matando á muchos, aprisionando á otros; los Oficiales se precipitaban por los riscos y peñas, donde los enemigos eran muertos ó prisioneros; los soldados arrojaban las armas y pertrechos y caían bajo el filo de la espada ó se refugiaban en los montes, donde eran aprehendidos: nada se salvó. Pero, lector, mientras los vencedores patriotas prorrumpen en vivas, y con entusiasta júbilo celebran victoria tan brillante, pongámonos de pie y descubrámonos ante el cadáver del ínclito ATANASIO GIRARDOT... El voto fue cumplido... Un balazo en la frente lo ha derribado al suelo, y ha terminado para siempre esa existencia tan preciosa.

No han escaseado, y al contrario, abundan y abundarán por siempre las sonoras voces con que los ondulantes ecos de la eternal trompeta van repitiendo de generación en generación el nombre y la gloria del inmortal GIRARDOT, bien así como se atropellan las olas tumultuosas del enturbiado Cauca, las del Porce aurífero y las del glauco Nare, para aumentar las del caudaloso Magdalena; porque la gloria de aquel joven de veintidós años, sobre ser grande como el sagrado numen de la libertad que la hizo splendor, fue pura y sin mancilla como la gota de rocío que refleja los cambiantes de la primera luz. Mas los honores primeros que se tributaron sobre el cadáver aún caliente del muerto pero nunca vencido Palante, fueron dignos de tal héroe y de su inmarcesible gloria. Ved allí á D'Elhuyar y á Urdaneta, y á los Ricaurtes, y á Ortega y Nariño, con Vélez y Maza, y en general á toda esa legión de jóvenes denodados que, ya héroes en cien combates mortíferos, vinieron poco después á ser notables Generales de la República, de pie, inmutados y pálidos, honrando con sus gemidos y sus lágrimas los despojos inertes de su victorioso compañero. ¡Pero qué! ¿No veis también al invencible, al de corazón titánico, al nunca domado y siempre superior á cuanto le rodea, al inmortal Bolívar, con el corazón desgarrado y los ojos cegados por las lágrimas al ver que el intrépido adalid acaba de obtener un triunfo olímpico cayendo en seguida envuelto en el lábaro republicano?

Y no se contentó el Libertador con derramar sus lágrimas; inmediatamente, en la misma fecha y en el mismo cuartel general de Valencia, con pulso agitado por la emoción, rindió tributo de honor y de justicia al héroe á quien muy principalmente debía la República de Venezuela su restablecimiento, y la Nueva Granada las victorias más importantes, redactando y escribiendo la siguiente

«LEY PARA HONRAR LA MEMORIA DEL CORONEL

ATANASIO GIRARDOT

«El Coronel ATANASIO GIRARDOT ha muerto en este día en el campo del honor. Las Repúblicas de Nueva Granada y Venezuela le deben en gran parte la gloria que cubre sus armas y la libertad de nuestro suelo. Vencedor en Palacé de un tirano formidable, llevó por primera vez el estandarte de la independencia, bajo las órdenes del General Baraya, á la oprimida Popayán. Las circunstancias especiales de esta batalla memorable la harán interesante no sólo al mundo americano sino á los guerreros valientes de todas partes de la tierra. El joven GIRARDOT osó aguardar el ejército enemigo, en número de 200 contra 75 soldados, en el puente del río Palacé. Tacón, el tirano de Popayán, no dudaba subyugar con aquellas fuerzas el extenso país de la Nueva Granada: destinó 700 hombres para desalojar á los defensores del puente; pero el nuevo Leonidas resolvió perecer antes con sus dignos soldados que ceder un punto al poder del enemigo. La fortuna preservó su suerte de la desgracia de sus soldados que fueron muertos ó heridos, y la victoria más completa premió su esforzado valor y virtud. Más de 200 cadáveres enemigos regaron con su sangre aquel campo célebre, para consagrar con caracteres terribles un monumento propio al genio guerrero del héroe. Hasta entonces la Nueva Granada no había visto un peligro mayor para su libertad recientemente adquirida, y las consecuencias del triunfo de GIRARDOT salvaron á un tiempo á su Patria de la esclavitud y del exterminio con que la amenazaba el tirano.

«En la actual campaña de Venezuela, la audacia y el talento militar de GIRARDOT han unido constantemente la victoria á las banderas que mandaba. Las Provincias de Trujillo, Mérida, Barinas y Caracas, que perecían bajo el cuchillo ó gemían en las cadenas, respiran libres y aseguradas por los esfuerzos con que él ha cooperado bajo las órdenes de los Jefes de la Unión. Le han visto buscar en estos campos á los ejércitos opresores, vencerlos intrépidamente, desafiando la muerte por libertar á Venezuela. Hoy volaba á sacrificarse por ella sobre las cumbres del Bárbula, y al momento que consiguió el triunfo más decidido, terminó gloriosamente su carrera.

«Siendo por lo tanto al Coronel ATANASIO GIRARDOT á quien muy principalmente debe la República de Venezuela su restablecimiento y la Nueva Granada sus victorias más importantes, para consagrar en los anales de la América la gratitud del suelo venezolano á uno de sus libertadores, he resuelto lo siguiente:

«1º El día 30 de Septiembre será un día aciago para la República, á pesar de la gloria de que se han cubierto las armas en este mismo día, y se hará siempre un aniversario fúnebre, que será un día de luto para los venezolanos.

«2º Todos los venezolanos llevarán un mes consecutivo de luto por la muerte del Coronel GIRARDOT.

«3º Su corazón será llevado en triunfo á la capital de Caracas, donde se le hará la recepción de los libertadores, y se depositará en un mausoleo que se erigirá en la Catedral Metropolitana.

«4º Sus huesos serán transportados á su país nativo, la ciudad de Antioquia, en la Nueva Granada (1).

«5º El Batallón 1º de línea, instrumento de sus glorias, se titulará en lo futuro *Batallón Girardot*.

«6º El nombre de este benemérito ciudadano se inscribirá en todos los registros públicos de las Municipalidades de Venezuela, como el primer bienhechor de la Patria.

«7º La familia de GIRARDOT disfrutará por toda su posteridad de los sueldos que gozaba este mártir de la libertad de Venezuela, y de las demás gracias y preeminencias que debe erigir el reconocimiento de este Gobierno.

«8º Se tendrá ésta por una Ley general, y se cumplirá inviolablemente en todas las Provincias de Venezuela.

«9º Se imprimirá, publicará y circulará, para que llegue al conocimiento de todos sus habitantes.

«Dada en el Cuartel General de Valencia, á 30 de Septiembre de 1813, octavo de la Independencia y primero de la guerra á muerte. Firmada de mi mano, sellada con el sello provisional de la República y refrendada por el Secretario de Estado.

«SIMON BOLIVAR

«ANTONIO MUÑOZ TEBAR, Secretario de Estado.»

Apenas dictada la Ley anterior, todavía sollozante y con el pecho oprimido, Bolívar procedió á hacer extraer el corazón del indomable GIRARDOT, y al día siguiente (1º de Octubre) celebráronse las exequias en la iglesia de Valencia, transportándose en seguida el cadáver al cementerio de aquella ciudad, en donde se le dio cristiana sepultura. Con esta misma fecha apareció el *Boletín del Ejército Libertador* número 16, que al dar cuenta del combate de la víspera, se refería á GIRARDOT en los términos siguientes:

«Tenemos sin embargo que llorar eternamente la pérdida del intrépido Coronel ATANASIO GIRARDOT; este Jefe,

(1) GIRARDOT nació en Medellín. El Libertador sufrió esta equivocación, porque en aquel tiempo la Provincia de Antioquia tenía por capital la ciudad del mismo nombre.

cuyas virtudes eran bien conocidas, se hizo un lugar sobresaliente en todo el Ejército: su valor admirable le cubrió de gloria en los campos de Palacé, y renovó esta misma gloria en la maravillosa campaña de Venezuela. Al llegar ayer con sus tropas á la altura que dominaba el enemigo, tremolando el pabellón de la libertad, una bala le hizo morir . . . Murió, sí, pero para vivir perpetuamente en la memoria de los americanos y en los fastos del heroísmo. . . .»

Esta Ley de honores, estos actos de justicia estricta, fueron complementados por un tributo de honor á las virtudes del héroe y á la memoria del querido amigo, tan sublime como había sido sublime su valor, tan grandilocuente cual brillante era el porvenir que le aguardaba, y tan útil á la libertad americana cual funesta era la pérdida que acababa de sufrir con la muerte de GIRARDOT. No bastó que los vencedores de Bárbula allí mismo vengaran á su Jefe acuchillando, matando, destrozando á cuanto enemigo cayó en sus manos: al día siguiente de aquel triunfo, de aquel infausto suceso, de dictada aquella Ley honorífica, y apenas hechas las exequias, se presentaron al Libertador los granadinos, suplicando se les destinara en cuerpo á la primera batalla que se verificase, para vengar la muerte del ilustre antioqueño; y el Libertador, tanto para sacar partido de tan útil ocasión, como porque participaba del mismo sentimiento, no sólo prestó su aquiescencia, sino que enardeció cuanto pudo aquella idea. Dispuso que el gallardo D'Elhuyar, amigo, discípulo, hermano de armas y digno imitador de GIRARDOT, con los granadinos y con el número de venezolanos necesario para completar mil hombres, procediera á atacar á Monteverde, que con número superior se hallaba bien parapetado y preparado en la posición casi inexpugnable en Las Trincheras. El día 3 de Octubre fue atacado Monteverde con tal ímpetu y de manera tan irresistible, que al cabo de cinco horas de ardoroso y porfiado batallar en que estuvo á su legendaria altura el valor de los realistas, éstos salieron en precipitada fuga, dejando extraordinario número de muertos, entre ellos quince Oficiales, teniendo muchísimos heridos, entre los cuales se contaba el mismo Monteverde, con la cara cruzada por un proyectil, abandonando gran parte de sus armas y municiones, y quitándosele todo el tren de campaña, bagajes, vestuario y el antejo de Monteverde. Todos los Jefes, Oficiales, clases y soldados parecían rivalizar en valor: denuedo y osadía, venciendo los obstáculos de la naturaleza y del arte: desfiladeros, montes escarpados y emboscadas.

El enemigo volvió á encastillarse, desalentado, en Puerto Cabello. Bolívar restableció el sitio de esa fortaleza, y.... ¡GIRARDOT quedó vengado! Y más que vengado: honrado de más noble manera y más durable que si se hubiese levanta-

do su efigie en alto pedestal de bronce, embellecedor siempre de las ciudades y alto pregonador de méritos, pero poco resistente á la acción corrosiva de los tiempos y muy frágil á los golpes apasionados de los hombres; mas el triunfo de Las Trincheras, como el de Bárbula, unidos á los nombres de D'Elhuyar, GIRARDOT y Bolívar, permanecerán resonando en los anales de la humanidad aun después que la cima del Chimborazo forme un escollo encubierto por las aguas del Océano. ¿Acaso han sido más resistentes los mármoles representativos de César y Pompeyo que el recuerdo del campo de Farsalia?

El historiador Restrepo se expresa en términos un tanto despectivos respecto de la «pomposa» Ley de honores que el Libertador dictó para la memoria de GIRARDOT, proceder éste que nos parece extraño al carácter del ilustre prócer escritor, y muy extemporáneo en su interesante obra; porque si bien es cierto que los hombres civiles miran de reojo y muchas veces con injusticia los merecimientos de los que por consagración á la carrera de las armas abandonan comodidades, tranquilidad y fácil bienestar, para estar sujetos á las inclemencias de la naturaleza y para sacrificar la vida á cada instante, es muy cierto también que no han sido sólo los militares los que, conociendo el numen divino que inspiraba las acciones de GIRARDOT, le han rendido tributo de honor y de justa admiración. El historiador Groot, por ejemplo, tan esquivo en las alabanzas y tan conciso en sus apreciaciones, califica á GIRARDOT «el más valiente de los héroes de su época.» La Historia de Venezuela, al hablar del cumplimiento de la Ley de 30 de Septiembre, dice: «Tanto y más merecía aquel ilustre granadino, incomparable en el valor, sin igual en la obediencia, pío, humano y generoso. La primera vida notable que segó la muerte en el Ejército republicano fue también la más hermosa y la más llena de esperanzas.»

Larrazábal, comentando la misma pieza, dice:

«Todo esto merecía, y más, si cabe, aquel bienhechor de la Patria, cuya muerte debía llorarse eternamente.»

No bien satisfecho el Libertador con haber dictado aquella Ley para que se cumpliera inviolablemente, escribió también á don Luis Girardot, padre del héroe, expresándole todo el sentimiento de condolencia que le causó la muerte de ciudadano tan ilustre, brazo derecho de sus empresas militares y paladín irremplazable en las batallas de la emancipación americana. Aquella carta oficial, que lleva fecha del 5 de Octubre, es como sigue:

«Temería causar á usted el más acerbo dolor participándole la muerte de su ilustre hijo, si no estuviera persuadido que más aprecia usted la gloria que cubre las grandes acciones de su vida, que una frágil existencia.

«Es verdad que la vida del Coronel ATANASIO GIRARDOT, mientras más se hubiera prolongado, más timbre hubiera añadido á sus glorias y más beneficios á la libertad de su patria. Su pérdida es de aquellas que eternamente deben llorarse. Pero la causa sagrada por la que ha perecido debe un tanto suspender el dolor para pensar en sus grandes hechos y en el respeto que se debe á sus cenizas inmortales. Ellas vivirán en el corazón de todos los americanos mientras el honor nacional sea la ley de sus sentimientos y mientras la sólida gloria tenga atractivos para las almas nobles. La carrera de GIRARDOT y su muerte excitarán, aun en la posteridad más remota, la emulación de cuantos aspiren al precio del valor y sientan en sus pechos el fuego divino con que buscó la gloria propia y la de su amada Patria.

«Las armas americanas deben honrarse de que haya militado en ellas el virtuoso GIRARDOT, y la causa de la libertad por quien los hombres más grandes de la tierra han combatido. Nunca ha sido sostenida con más honor que en los campos famosos donde GIRARDOT la ha hecho triunfar de los tiranos.

«Los españoles, que constantemente venció, siempre temerán la espada que castigó sus perfidias y puso un borrón indeleble á sus armas. El nombre de GIRARDOT será funesto á cuantos tiranos oprimen la humanidad, y sus virtudes republicanas le colocan entre las sombras ilustres de Bruto y M. Scévola.

«Venezuela se ha cubierto de un luto espontáneo por la muerte de su libertador, y el dolor amargo que oprime los corazones no ha dejado quitar las ventajas de la última interesante victoria que proporcionó á la República.

«El Gobierno, ligado por las obligaciones más sagradas á este benemérito Jefe, le ha decretado por ley los primeros honores que pueden honrar la memoria de un mortal; y como comprenda á usted y á toda su posteridad la disposición del artículo séptimo, lo pongo en su noticia para que se sirva librar, contra las cajas nacionales de Venezuela, á efecto de percibir los sueldos que pertenecían al Coronel ATANASIO GIRARDOT.»

Así como Bolívar, el Presidente del Congreso granadino, el gran Camilo Torres, en nombre del Cuerpo más augusto de la República, lamentó también pérdida tan dolorosa como la que acababa de hacer la Nación en uno de los más leales, salientes y distinguidos servidores (1).

(1) «Al ciudadano Luis Girardot:

«Antes que la terrible fama lleve á vuestra noticia la pérdida que acabáis de hacer, recibid la expresión del dolor del Presidente que os habla y á quien ha herido primero el golpe fatal. Días há que un sordo rumor oprimía su corazón, sin atreverse ni á negarle

Restablecido el sitio de Puerto Cabello sobre los derrotados de Bárbula y Las Trincheras, que se dejó al mando del intrépido D'Elhuyar, y distribuidas varias porciones del Ejército republicano para atender á los realistas que por distintas direcciones amenazaban, Bolívar dirigió á sus tropas desde su cuartel de Valencia la proclama de 6 de Octubre, en que, entre otras cosas, les decía á los sitiadores:

«Yo no me aparto de vosotros, amados compañeros míos, sino para ir á conducir en triunfo á Caracas el gran corazón del inmortal GIRARDOT»

Y así lo hizo, y fue á Caracas conduciendo en triunfo el gran corazón del inmortal GIRARDOT, guardado en un vaso de cristal cerrado herméticamente y encerrado en una urna cineraria de madera, forrada en seda negra, con galones de oro; precediéndole un día (12 de Octubre) con su Estado Mayor y un séquito de distinguidos Oficiales. Ese corazón fue recibido por el señor Arzobispo con todo su clero, las autoridades civiles y militares, una extraordinaria muchedumbre del pueblo y numerosos ciudadanos principales de la capital. La carrera estaba adornada con muchísimos arcos de triunfo enlufados. Colocóse la urna que contenía el precioso depósito en el túmulo que al efecto se había erigido en la capilla de San Nicolás, de la Catedral, y los días siguientes se tributaron á GIRARDOT honores solemnísimos y conmovedores. La entrada del corazón de GIRARDOT en Caracas la describe el doctor Aristides Rojas de la manera siguiente:

«Al amanecer del día 13 las campanas de los templos saludan el alba, la población comienza á llenar las calles, y á las ocho llega el cortejo de Atímano. Saludado por el

enteramente su asenso, ni á persuadirse de su verdad. Pero él ha sido demasiado cierto y ya no os lo puedo disimular. El 30 de Septiembre, completando la derrota del pérfido enemigo, y al mismo tiempo su gloriosa carrera, ha dejado de existir para vos, ó más bien para la Patria, para quien únicamente vivió siempre, el Coronel de la Unión, vuestro hijo ATANASIO GIRARDOT. Ella no olvidará nunca su nombre inmortal, que se repetirá con frecuencia en las páginas de nuestra historia, para honor de la Nueva Granada, que le dio el sér, y para gloria de Venezuela, á quien ha conquistado su libertad. Las lágrimas de ambas bañarán abundantemente sus cenizas, y cuantos se interesen en la destrucción de los tiranos llorarán su muerte temprana. Pero él vive y vivirá siempre en el grato recuerdo de la posteridad. Si algún día él ha debido pagar ese tributo inevitable de la naturaleza, ¿porqué preferir una muerte tranquila pero oscura á otra llena de gloria y que ha dado la vida á la Patria? Que esta reflexión modere vuestra pena, y que el Cielo, testigo de sus virtudes y de su consagración por la más santa de las causas, derrame sobre vuestra alma y la de vuestra esposa las consolaciones que en semejantes lances El solo puede dar.

«Tunja, 13 de Noviembre de 1813.

«CAMILO TORRES»

cañón y rodeado por Bolívar y su Estado Mayor, por el Prelado y su Cabildo eclesiástico, con todo el clero de la ciudad, por las corporaciones civiles y militares y por las tropas de la capital, al mando del General Rivas, el corazón de GIRARDOT, colocado en un templete, recibe las bendiciones del Prelado y los honores de la Iglesia. Concluidos éstos, los compañeros de GIRARDOT toman la urna y la trasladan á una carroza bellamente adornada. Estaban en ésta dos niños vestidos de ángeles, que se encargaron de su conducción. Seis niños más, vestidos de la misma manera, tiraban de la carroza, á cuyos lados iban los Tenientes Coronales Soublette y Manrique, acompañados de algunos Oficiales. La sociedad de Caracas quiso contribuir con numeroso grupo de niñas de cinco á ocho años, las que, con cestillos de flores en las manos, precedían la carroza de GIRARDOT. Este gracioso grupo de señoritas, con trajes blancos, fue uno de los atractivos de la fiesta.

«Puesta en movimiento la procesión, que ocupó largo espacio, comienza á desfilar á las nueve de la mañana, con el mayor orden y compostura. Dos horas más tarde llega el cortejo á la Metropolitana.»

Las honras fúnebres duraron hasta el 18, día en que, después de una solemne misa, cantada por el Ilustrísimo señor Arzobispo, y con admirable sermón, predicado por el sacerdote é ilustre prócer doctor Francisco José Rivas, la urna fue conducida al lugar de su sepultura, que lo fue tras del altar mayor de la Catedral. A la aflictiva ceremonia del entierro se siguió la solemne confirmación del acto por carta pastoral del mismo Prelado. La imaginación nos representa aquella sepultura guardada por dos deidades: el ángel del silencio, que hace enmudecer las pasiones humanas en las cercanías de aquel recinto, y el de la gloria, que hace resonar por todos los ámbitos de América la trompa que pregona la inmortal heroicidad de GIRARDOT.

Ni el copioso llanto de las muchedumbres, ni el tristísimo clamoreo de las campanas que llamaban á la oración, ni las fúnebres salmodias de la iglesia eran augurio de que el sepelio conducía la nobilísima entraña del héroe al eterno reposo de los muertos. Ciertamente que la memoria del homérico vencedor de Bárbula reclamaba el respeto que todos los hombres profesan al que, juzgado por Dios, ha respondido por sus acciones mundanales y ya es inofensivo á los vivientes; y que, Bolívar, continuaba vibrando la fulminante espada de los libertadores. En tanto que el fragor de los combates resonaba en las cercanías de Caracas, las puertas de la Catedral Metropolitana eran infranqueables á las huestes de asesinos y profanadores realistas; pero no fue así cuando el Libertador, cabalgando su corcel de guerra por sobre hacina de cadáveres y envuelto en las tempestades

tades que reventaron en Vigirima, La Puerta, Cumaná y Maturín, hubo de emigrar por segunda vez de su patria para ir á un suelo extranjero á alimentar la esperanza de redimirla en otra ocasión. Tan pronto como los Jefes realistas se consideraron vencedores y dueños de Caracas, y se creyeron definitivamente señores del suelo venezolano, el realista americano Juan N. Quero reclamó al Ilustrísimo Arzobispo «el corazón del traidor GIRARDOT» para entregarlo al verdugo y su acompañamiento, con el objeto de darle el día 2 de Agosto (1814) «el destino que merecía.» El célebre Pastor, doctor Narciso Coll y Pratt, español realista y muy fiel á la bandera de su patria, pero sacerdote católico y por ende de nobilísimos sentimientos, rechazó con indignación las pretensiones del militar; y para que no hubiera ni el pretexto de que las hienas se ensañaran contra aquellas reliquias inofensivas, ni se intentara una profanación del templo, el Prelado, con profética visión, había hecho trasladar la urna cineraria al cementerio de la Catedral. Allí, en ese lugar, sí pudo decirse que el corazón vencedor en Palacé, Ventaquemada, Monserrate, La Grita, Desembocadero, Nutrias, Tinaquillo, Las Vigías, Mirador de Solano y Bárbula había entrado en las regiones del eterno reposo, después de que, entregado su espíritu á Dios, su nombre quedó en los dominios de la Historia y su recuerdo inscrito con los áureos resplandores de la más gloriosa inmortalidad.

Era esta la época de las espantosas torturas y de la amarga prueba por que pasaban los pueblos de Venezuela y de la Nueva Granada. Bastaría para probarlo el rencor con que los realistas quisieron profanar el corazón de GIRARDOT, que representaba el más bello carácter de la revolución; de aquí que el citado Arzobispo Coll y Pratt describiera la situación, entre lágrimas y suspiros, de la siguiente manera:

«Mi espíritu se conmueve, y mi alma no puede soportar el recuerdo de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones, la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano, el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando á su hermano para matarle; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos, los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos y despojos humanos que cubren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano, todo, todo esto está en mi corazón....»

Y mientras Venezuela era acreedora á que el ilustre Pastor exhalara desde el fondo del alma tan gráfica y verdadera elegía, en el sur de Colombia se peleaba también por la patria independencia. Trasiadémonos á una escena

distante. En tanto que el corazón de GIRARDOT permanecía tranquilo al pie del altar mayor de la Catedral de Caracas, el esforzado Nariño luchaba contra los realistas del sur de Popayán. Luchaba el bogotano con recia temeridad y con un arrojo digno de la causa que defendía, venciendo obstáculos insuperables para forzar el paso del torrentoso Juanambú bajo los fuegos certeros del enemigo. Pasado aquel río por la ruta de El Tablón de los Gómez por el Comandante Virgo, y atacado el frente del enemigo por el General Cabal, la batalla se empeñó por ambos lados en la terrible posición de Buesaco, ocupada por el español Aimerich. Batallaron los patriotas con denuedo y brío imponderables, con heroico valor, pero dominados por los bien parapetados fuegos del enemigo, Nariño tuvo que proteger con sus cañones la retirada de los suyos, que hubieron de repasar el río. En esta desgraciada acción, verificada el 29 de Abril (1814), entre otros pereció el intrépido Pedro Girardot, hermano medio del héroe de Bárbula.

Después del desastre sufrido por las armas emancipadoras en Venezuela en 1814, el Libertador compareció en Bogotá ante el Congreso de Nueva Granada á dar cuenta de sus triunfos y de sus derrotas, y justificó gloriosamente su conducta. Entonces se presentó ante los deudos, padre y madre del ínclito ATANASIO GIRARDOT, renovándoles la expresión de sus más sinceros y profundos sentimientos de condolencia; doña Josefa Díaz, la matrona antioqueña, la hija de la montañosa Esparta y madre del malogrado héroe, con el valor de una numantina le presentó al Libertador á su hijo menor Miguel Girardot, diciéndole: «Se lo entrego para que á su lado y bajo sus órdenes mi hijo combata hasta vencer ó morir por la libertad de la Patria.» ¡Hé aquí la raza española! (1).

(1) " Ciudadano Secretario de la Guerra del Gobierno General

"Cuartel General en Santafé, Enero 2 de 1815

«Los servicios del Coronel GIRARDOT no han quedado bien recompensados. Toda la Nueva Granada y Venezuela lloran su muerte y veneran su memoria; mas las concesiones que se hicieron en favor de su familia han sido renunciadas generosamente en bien de la Patria.

«Su padre, á quien la pérdida de dos hijos en campo de batalla podría hacer desear la conservación del resto de su familia, me ha presentado, luego que llegué, el único varón que le quedaba; con la esperanza en que este jovencito pueda imitar sus virtudes, y reemplazar al héroe de Bárbula.

«He apreciado cuanto debía la generosa oblación de este padre patriota; y para manifestarle la consideración á que se ha hecho acreedora su ilustre familia, he dado el grado de Subteniente al joven Miguel Girardot, y lo he mandado agregar al invicto Batallón de Barlovento. Confío en que aprobándolo el Gobierno General, me permita descargar así una deuda sagrada de la Patria.

«Dios guarde á Vuestra Señoría muchos años.

«SIMÓN BOLÍVAR.»

Marchó Simón Bolívar á combatir en Cartagena contra los españoles, llevando á su lado á Miguel Girardot. Por causas que deshonran nuestra historia, Bolívar, herido por la ingratitud, hubo de emigrar de Cartagena para el Extranjero, dejando á los ingratos pereciendo bajo la cuchilla empuñada por Morillo y por Enrile. Cuando el Libertador, escapado providencialmente en las Antillas del puñal asesino de un criado suyo, y después de mil peripecias, organizó la expedición de Los Cayos y vino á Venezuela á proseguir la empresa tántas veces comenzada y tántas veces arruinada, ya don Luis Girardot, el benemérito padre de ATANASIO, había sido infamemente asesinado en Guadualito con otros granadinos emigrados por fuerza de la persecución que contra ellos desplegó Sámano, el cobarde, á causa del apoyo y servicios que habían prestado á la revolución de la Independencia. Posteriormente el lábaro libertador era enarbolado en señal de muerte ó redención en el vasto territorio venezolano; triunfante aquí, derrotado allí, Bolívar paseaba sus intrépidos escuadrones haciendo revivir el amortiguado espíritu republicano, aunque bien necesitaba él una tregua para su alma ya fatigada por el enorme peso de su gigantesco empeño. En uno de aquellos sucesos desgraciados que tan de cerca acompañaban los triunfos de los patriotas, Bolívar, después del terrible y victorioso asalto que dio al Ejército de Morillo en Calabozo, hubo de perseguir á galope tendido al enemigo, que tomó por entre despeñaderos y boscajes camino hacia El Sombrero por el paso del Guárico, denominado el Seman. Dos días hacía que galopaban los patriotas sin tomar alimento y sin aplacar la sed, bajo un resistero que reverberaba y sobre las cenizas de los pajonales recientemente incendiados; la sed era devoradora, y al llegar al río, cuya fresca arboleda encubría las emboscadas de Morillo, los fuegos de los realistas no fueron bastantes á detener á los patriotas en su dirección á las claras y apetecidas linfas del remanso; el General Anzoátegui y ocho Oficiales salieron heridos de allí, dejando entre cien muertos al valeroso y denodado Miguel Girardot, cuyo nombre recuerda la fecha aciaga del 17 de Febrero de 1818 en el combate de El Sombrero, y viene á unirse al martirologio de aquella familia de héroes colombianos.

Consagrada así la memoria de ATANASIO GIRARDOT con el sacrificio de su padre y de sus hermanos y por las lágrimas de su superviviente madre, y realizada por los honores póstumos que le fueron tributados, y por las leyes con que el Congreso de la Nueva Granada quiso muchos años más tarde tributarle homenaje de gratitud republicana, en estos días se proyecta en la bella y pintoresca Medellín levantar un monumento al héroe, que será fabricado con elementos y materiales netamente antioqueños, y en el cual no entrará

ni un átomo de procedencia extranjera. Esta idea es, además de anunciadora de un gusto patriótico acentuado, altamente simbólica, porque siendo GIRARDOT una gloria purísima y deslumbradora de la Patria grande, de la Gran Colombia, es al mismo tiempo la primicia más noble y más grata que la Patria de los Restrepos, de Mejía y de los Córdoba ofrendó en el grandioso altar de la emancipación americana. Y á fe que no nos falta á los antioqueños motivo de enorgullecernos de la cuna de GIRARDOT. Ya lo ha dicho la Historia: «La primera vida notable que segó la muerte en el Ejército republicano, fue también la más hermosa y la más llena de esperanzas.»

¡ Sí! la más llena de esperanzas, decimos nosotros, que nos hemos propuesto estudiar tan hermoso carácter á la luz clarísima que arroja nuestra gloriosa historia, y con el escalpelo fino pero implacable de las comparaciones con nuestros grandes hombres; porque GIRARDOT fue tan arrojado como Córdoba y tan prudente como Sucre; más inteligente y mucho más ilustrado que sus compañeros de armas, fue también el más humanitario y el más republicano de los próceres. Mariño era, en su comparación, de aptitudes intelectuales mediocres; los Montillas, apenas visibles; los Bermúdez en todo inferiores, y Páez, aunque valiente, no era capaz de comparecer en su presencia. Santander mismo, á pesar de la auréola con que lo abrigó la Vicepresidencia de Colombia, no tuvo las cualidades y virtudes del héroe cuya muerte enlutó los campos de Venezuela y Nueva Granada. GIRARDOT fue en todo superior á sus abnegados, nobilísimos y valerosos compañeros. Fue semejante á Bolívar en las prendas políticas que lo llevaron al pináculo de la gloria, é igualmente ilustrado y superior en cuanto á las prendas morales que debe poseer el hombre llamado á conducir los pueblos. Si la muerte aciaga que desplegó sus alas sobre la cumbre del Bárbula hubiera escogido para darle muerte á Bolívar más bien que á GIRARDOT, éste hubiera sido el libertador de las naciones suramericanas.

J. D. Mansalve